

# y epístola sobre la crítica de España a los estudiantes de castellano de U.S.A

«No importa que el escalpelo haga sangre; lo que importa es que obedezca a una ley de amor.» José Antonio Primo de Rivera.

SOLO te busco a tí, estudiante norteamericano de español, porque únicamente tú conoces en tu patria a España. Para los demás conciudadanos tuyos, España es como el Tibet: un buen motivo para unas fotografías pintorescas; nada más. Este concepto sirve, sin duda, siempre *Life*, que esta vez le puso crespones de luto a la pandereta para dar a sus lectores, a falta de reportaje más sensacional, la otra versión típica: la España negra. Para ello no ha vacilado en mostrar la roña que sólo cubre ya mínimas partes de la vieja piel de toro. Una roña que, asépticamente, aparece fotografiada sin que se diga de dónde viene y adónde va. Una roña que la España de 1951 se encontró como importante legado en la herencia recibida. Y sobre la cual puede cualquier norteamericano informado por vuestra Prensa pensar que descansa el Régimen español orondo y satisfecho.

Porque yo sé que tú amas a España quiero decirte que los españoles militan en un Movimiento que ha surgido precisamente de la crítica dura y despiadada a la España física a que nacieron. No te hablaré yo sólo. Te mostraré el pensamiento de quien—en tres años de vida pública (su primer mitin político fué en 29 de octubre de 1933 y murió fusilado por la Segunda República española en 20 de noviembre de 1936)—creó la doctrina que es hoy sistema vertebral del Régimen español: José Antonio Primo de Rivera, fundador de Falange Española. Seguramente no has oído hablar de él; desde luego, nunca gastaría en ello *Life* su dinero.

El concepto español actual del patriotismo es precisamente el suyo: amor nacido de la crítica. Su patriotismo nos dijo: *No se regodea con las mediocridades, con las mezquindades presentes de España y con las interpretaciones gruesas de su pasado. Nosotros no amamos a esta ruina, a esta decadencia de nuestra España física de ahora. No fué, desde luego, el primer español descontento, pues aquí los mejores españoles, desde que hace más de tres siglos fuimos derrotados, no han sido panegíricos, sino críticos (como alumno de español tal vez te interese saber que hay una excelente antología de Dolores Franco con este título: *La preocupación de España en su literatura*, Edit. Adán, Madrid, 1944). Pero ese descontento, que se agudizó en las izquierdas contemporáneas (dos profesores de español en tu patria han hecho otra antología que podrías leer: *Concepto contemporáneo de España*, de Angel del Río y M. J. Bernardete, Edit. Losada, Buenos Aires, 1946)), no lo puso José Antonio Primo de Rivera al servicio de la negación, sino de la edificación de España. Y dijo: *En el fondo de nuestras almas vibra una simpatía hacia aquellas gentes de la izquierda las cuales han llegado al odio por el mismo camino que a nosotros nos ha conducido al amor: mediante la crítica de una España mediocre, entristecida, miserable y melancólica. Su descontento es nuestro. Nosotros —añadió—también hemos llegado al patriotismo por la crítica. ¿Está todo esto claro? Por nacer nuestro patriotismo del amor a una España que no nos gusta, estamos dispuestos a sajar sin contemplaciones. Y no nos asustan las críticas, todo lo contrario: No importa que el escalpelo haga sangre; lo que importa es que obedezca a una ley de amor. Y a esa ley de amor han obedecido páginas mucho más feroces que las de *Life*, aparecidas en revistas políticas españolas que han firmado quienes militan en la Revolución Nacional. Pero hay una notable diferencia: ¿verdad que no es a la ley del amor precisamente a la que obedece el fotógrafo de *Life*? Ni tiene por qué, me dirás; en efecto, él es norteamericano. Pero tú también lo eres y a ti es a quien escribo para llamarte al amor. Al menos para intentar romper tu ignorancia.**

Si José Antonio no cayó en el "optimismo desvergonzado" que Azorín denigró, tampoco se limitó a manifestar su descontento.

En esto se diferenció José Antonio de los otros intelectuales descontentos de la España contemporánea. El izó, por eso, la bandera de una Revolución nacional, que, de una vez, de un impulso vigoroso, sacara a Es-

paña para siempre de lo que Miguel de Unamuno llamó su "marasmo". De una Revolución que arrancara para siempre la costra que sobre España, especialmente en el campo, habían dejado tres siglos continuos de derrota. Por eso la Revolución nacional no se encerró en el Parlamento. Todo lo contrario, buscó la España perdida entre riscos y vericuetos, y allá fué a conocerla, a ganarla. Te gustaría saber que José Antonio Primo de Rivera no intentó conquistar la opinión del país, sino buscar, donde estuvieran, las reservas espirituales de la España auténtica. Pero oigámosle a él: *Vosotros sois la verdadera España—les dice a los campesinos de la Mancha—: la España vieja y entrañable, sufrida y segura, que conserva durante siglos la labranza, los usos familiares y comunales, la continuidad entre los antepasados y los descendientes. De vosotros salieron también, duros, callados y sufridos, los que hicieron el imperio de España. Pero sobre todos, oprimiéndolos, deformando la verdadera España que constituís, hay otra artificial, infecunda, ruidosa, formada por los partidos políticos, por el Parlamento, por la vida parasitaria de las ciudades. Nadie ha hecho mejor que él, ni en nadie ha nacido de un más hondo amor, la crítica implacable de la España campesina en aquellas zonas donde la civilización aún no ha llegado: Gran parte de la tierra española, ancha, triste, seca, destatada, huestada, como sus pobladores, parece no tener otro destino que el de esperar a que esos huesos de sus habitantes se le entreguen definitivamente en la sepultura. Tenemos que reconocer que nuestra vida agraria, la de nuestras ciudades pequeñas y nuestros pueblos es absolutamente inhumana e indefendible. España, que tiene una superficie sobrada para poder sostener cuarenta millones de habitantes, por una distribución absurda de la propiedad territorial y por un retraso inconcebible en las obras de riego, mantiene un régimen en que dos millones de familias por lo menos viven en condiciones muy inferiores a la de los animales domésticos y casi a la de los animales salvajes (1934).*

Sólo quiero recordarte que cuando dijo esto el Fundador de la Falange Española—organización tachada de totalitaria, por otra parte, en tu país por el mismo que afirma deberse a Italia la gloria del descubrimiento de América—llevaba tres años gobernando la Segunda República Española, la de los liberales, apoyada por los "intelectuales", a quienes no estorbaba ya—como ellos venían afirmando desde hacía un siglo—la Monarquía para hacer la Revolución que hacía falta en España. Los liberales republicanos, sin embargo, no la hicieron y su ley de la Reforma Agraria fué otra burla al hambre de los campesinos españoles, como lo fué la famosa desamortización del liberal monárquico Mendizábal en el siglo pasado. La posibilidad que tuvo el liberalismo durante más de siglo y medio para transformar totalmente las condiciones de vida en el campo español fué desaprovechada. Por esto ahora los españoles no confían sus problemas a la lucha de partidos y se afanan por otros caminos políticos. Como también habrás oído hablar de nuestra reacción frente a la República y frente al parlamentarismo, es conveniente que sepas algunas cosas que no voy tampoco a inventarte ahora: *Nuestro Movimiento empalma con la Revolución del 14 de abril. La alegría del 14 de abril, una vez más, era el reencuentro del pueblo español con la vieja nostalgia de su revolución pendiente. Pero los hombres del 14 de abril tienen en la historia la responsabilidad terrible de haber defraudado otra vez la revolución española. Los hombres del 14 de abril no hicieron lo que el 14 de abril prometía.*

Que la República no lo hizo lo reconoce una autoridad nada sospechosa para ti: Salvador de Madariaga, Embajador extraordinario con dicho Régimen, en su libro *España* (Buenos Aires, 1950, pág. 491): "Esta reforma (se refiere a la Ley de Reforma Agraria de 15 de septiembre de 1932), de excelente intención y estudio, aun afeada por una o dos disposiciones de índole vengativa y confiscatoria, fracasó no obstante a

causa de la lentitud de su aplicación, debida en parte a las dificultades del problema en sí; en parte, al defecto inicial del Estado español, al que Azaña, a pesar de ser funcionario público toda la vida, no prestó la debida atención: la ineficacia administrativa de los funcionarios y de la organización de los Ministerios".

Y atiende ahora a este texto definitivo: *Nosotros, frente a la defraudación del 14 de abril, frente al esca-moteo del 14 de abril, no podemos estar en ningún grupo que tenga, más o menos oculto, un propósito reaccionario, un propósito contrarrevolucionario, porque nosotros precisamente alegamos contra el 14 de abril, no el que fuese estéril, el que frustrase una vez más la revolución pendiente española. Y por eso nosotros, contra todas las injurias, contra todas las deformaciones, lo que hacemos es recoger de en medio de la calle, de entre aquellos que lo tuvieron y abandonaron, y aquellos que no lo quieren recoger, el sentido, el espíritu revolucionario español, que, más tarde o más pronto, por las buenas o por las malas, nos devolverá la comunidad de nuestro destino histórico y la justicia social profunda que nos está haciendo falta (19 de mayo de 1939).*

Si enérgico era el diagnóstico y la crítica de aquella España frente a la cual se levantaba la acusación implacable del jefe de la juventud española, no menos enérgico e implacable era el remedio que propugnó: *No toda España es habitable: hay que devolver al desierto, y sobre todo al bosque, muchas tierras que sólo sirven para perpetuar la miseria de quienes las labran. Masas enteras habrán de ser trasladadas a tierras cultivables, que habrán de ser objeto de una profunda reforma económica y una profunda reforma social de la agricultura: enriquecimiento y racionalización de los cultivos, riegos, enseñanza agropecuaria, precios remuneradores, protección arancelaria a la agricultura, crédito barato y, de otra parte, patrimonios familiares y cultivos sindicales.*

Lo de Deleitosa, como ves, no es un descubrimiento, aunque a ti te haya llenado unos minutos de ocio el reportaje. Esa bandera es la que está al aire en el mástil de nuestro empeño. Pero entonces, ¿por qué el rencor del mundo? Si el mundo nos hubiera dejado en paz, ya estaría la revolución hecha.

Deleitosa.—su único deleite, desde luego, es para el público norteamericano—queda aún en la superficie de la vieja piel de toro hispánica, como una pústula del cáncer que ha corroído a España durante siglos y que el parlamentarismo español no acertó a extirpar. ¿Se nos puede aislar y condenar por intentararlo? Por allá pasaron millares de diputados prometiendo. ¿Se nos puede excomulgar por no seguir ese camino? Admírate, pues, de la entereza del ánimo español, que a pesar del complot de todas las naciones—excepto singulares apoyos hispanoamericanos y árabes—no ha cejado en su empeño.

Y ese empeño nuestro revolucionario ha sido estorbado políticamente desde fuera. Y ha sido impedido además económicamente. Porque para trasladar a esas gentes a tierras fértiles hace falta poner en explotación éstas, expropiándolas, regándolas, abonándolas, invirtiendo en ellas un inmenso capital en obras, explanaciones, viviendas, maquinarias, silos, estaciones experimentales, granjas, etc. Lo hecho es milagroso si piensas que todo es resultado de lo ahorrado en la pobreza española.

Sí, aun queda Deleitosa en España, pero ya ves cómo se vuelve contra tu propio país esa bofetada que *Life* ha querido tirar contra el rostro de España. España siempre ha creído que el pueblo norteamericano es noble y generoso; sin embargo, su Prensa no es así. Mal papel para *Life* el de hacer de Prensa amarilla. *Life* debía haber contado toda la historia o haberse callado, que es lo honesto. ¿No te parece así también a ti?

J A I M E S U A R E Z